

La soberbia del dictador

Alderdi, 266. zk., 1971-08.

En *Alderdi* se ha descrito más de una vez al *dictador*.

En ocasiones ha aparecido con los rasgos del franquismo mismo; en otras ha habido referencias a Salazar, a Duvalier y otros de muy triste memoria para la humanidad. Aunque todos coinciden en los rasgos de megalomanía y prepotencia que son fundamentales y genéricos cada uno tiene sus características.

Hoy es Franco mismo quien nos da unos rasgos personales muy precisos.

Se trata de unos trozos del discurso que leyó al Apóstol Santiago en la tradicional ofrenda del 25 de julio último; difícilmente se puede hallar un ejemplo más reciente y más claro de lo que puede llegar a pensar y decir un hombre que se ha venido cultivando como un ser providencial y llega a creérselo hasta el instante en que se le está acabando la temblorosa llama de su vida, al fin y al cabo terrena.

"Como en los mejores tiempos –leyó en el templo– brillan hoy en nuestra Patria la fe y la devoción que os debemos. No tenemos que remontarnos a siglos atrás para reconocer la protección que nos brindasteis al correr de estos treinta y dos años de paz, así como en los azares anteriores de la guerra".

Hay que ver que dice: *guerra*.

"En los meses de nuestra Cruzada de Liberación se repitió el hecho de que los combates decisivos de la guerra se resolvían decididamente en los días en que se celebraban las mayores festividades de la Iglesia, como con toda claridad se acusa en la batalla de Brunete, que después de varios días de empeñados combates se resolvió la pugna a las doce de la mañana del día de nuestro Santo Patrón. Y no podía ser de otro modo cuando se combate por la fe, por España y por la justicia; la guerra se hace más fácil cuando se tiene a Dios por aliado. Así lo pregonan los cientos de templos levantados con la advocación de Santiago, tanto en tierras de España como en América".

Y luego de alinear descaradamente a Dios en sus filas dice con pretendida humildad:

"Hoy venimos a impetrar vuestra protección para las batallas de la paz que nos permita salvar a España de la invasión del materialismo que amenaza el orden espiritual de nuestro tiempo".

Y así, cargando al *tiempo* los pecados de España, termina con una jactanciosa e irreverente familiaridad al Santo:

"En esto no caben inhibiciones. *Yo* quiero *recordaros* que la crisis de *nuestra* Iglesia no es un problema de la Iglesia sólo, sino de los católicos todos, que también formamos parte de la Iglesia".

Este ejemplo reciente de treinta días es muy aleccionador para el hombre que piensa, cualquiera que sea el que reflexione estas palabras.

Andoni Larreta [Martin Ugalde]